

VERÓNICA VALENZUELA

Tú hiciste la ley,  
yo fui la trampa



## Índice

Portada

Dedicatoria

1. Una jugada del destino
2. ¿Encuentros o encontronazos?
3. ¿Quién soy?
4. Una proposición muy decente
- 5 . Un viaje accidentado
6. Adorando a una diva
7. Ni contigo ni sin ti
8. El desconocido
- 9 . Las dos caras de una moneda
10. La vida te da sorpresas...
- 11 . Un pequeño paraíso
12. ¿Cuál será mi destino?

Epílogo

Biografía

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A Juan Carlos, mi marido,  
por tu inconmensurable amor,  
porque siempre me has empujado a seguir escribiendo,  
porque tú me levantas cuando me caigo,  
porque me haces reír cada día,  
porque me haces soñar cada noche,  
porque tú eres el hombre que me inspira las más bellas his-  
torias de amor,  
porque eres el regalo que la vida puso en mi camino con  
dieciséis años,  
porque te amaré eternamente.  
Sólo a ti, siempre.*

## 1

*Una jugada del destino***Daniel**

Hay días en los que nuestro instinto nos avisa de que la jornada que afrontamos al levantarnos será complicada y de que deberíamos quedarnos acurrucados bajo el edredón.

La mañana en el juzgado ha sido de pena: la parte contraria, o sea la femenina, ha traído dos testigos que han asegurado que mi cliente es alcohólico y que se gasta el sueldo en ingentes cantidades de burbon. ¿Y qué podía objetar yo si son los dueños del bar donde debe quinientos euros? ¡Un pequeño detalle que el cabrón de mi cliente no me contó!

La situación fácil que en un principio se presentaba se ha ido al garete junto con mi alegato de defensa: que la esposa le había sido infiel con el vecino del quinto. Y la señora se lo ha llevado todo, dejando a mi cliente con las manos tapándose los huevos. Se ha quedado la casa, el coche de veinte mil euros, una excelente pensión alimenticia para los gemelos, junto con su plena custodia legal...y al vecino del quinto para quitarle el disgusto a polvos.

¡Me cago en mi mala estampa, qué semanita llevo!

Que no consigo darme una alegría. Tengo el pajarito más sediento que el perro de un mendigo. Porque el mar-

tes de esta funesta semana tuve una buena jodienda, pero no precisamente como yo quería.

Hace siete años que no tengo pareja, desde que...

Mejor no pensar en el pasado si no quiero darme cabezazos contra la pared. Pero sexo de una noche o amigas de revolcones mañaneros, todas las que he necesitado y más.

Soy un tipo atractivo, de pelo castaño claro y ondulado que ahora llevo muy corto, ojos de un marrón casi verde que las lenguas femeninas dicen que me da aspecto de pirata, junto al pequeño aro de plata de mi oreja derecha y mi 1,85 de cuerpo bien moldeado y firme, sin la grasa que ya tienen algunos que rozan los cuarenta, como yo.

Ese cuerpo que devoran las mujeres que llevo a mi cama, regalándoles los placeres de un buen semental.

Soy un hombre de éxito, con mi propio bufete; un abogado al que se rifan los maridos para que los libere de sus mujeres cuanto antes y al que teme la competencia, porque raras veces pierdo un caso. Siempre apuesto al caballo ganador.

Pero yo, «el tigre del sexo», me convertí en un gatito cuando Victoria, la chica que conocí en un pub la semana anterior y con la que ya había tenido un primer roce, quiso que jugáramos esta vez en su casa.

La incansable rubia deseaba regalarme una nueva experiencia sensual: cuando me tenía desnudo y bien dispuesto en su cama, mientras sentía sus labios por mi pecho, intentó buscarme el punto G con uno de sus largos dedos de afiladas uñas.

Al notar que empezaba a llamar a mi puerta trasera, di tal respingo que choqué de boca contra la mesilla de al lado y por poco me dejó las fundas de las paletas en el borde.

—¡Ay, cari! — me dijo la muy cabrona—. Si esto a los hombres os lleva al cielo.

Pero ¿se había creído que soy un paso de Semana Santa? Y ella, ¿quién era? ¿El hermano mayor que dirige a los costaleros gritando «Al cielo con ella»?

¡Ni que yo fuera la Macarena, coño!

Que yo soy muy macho y por ahí detrás no entra ni un pelo de marmota a martillazos, hombre.

Así que en cuanto la vi hundir de nuevo el dedo en un bote de vaselina de sabor fresa que tenía en el borde de la cama, salí a escape en pelotas por la ventana del dormitorio, que fue lo más cercano que encontré, con la ropa hecha un revoltijo en una mano y con la otra tapándome el trasero.

Menos mal que la chica vivía en un primero y pude lanzarme al césped del jardín de la urbanización sin dejarme los huevos colgados del alero y huir como un poseso hasta mi coche, aparcado en la acera de enfrente.

Para rematar la asquerosa semana, la noche del sábado, o sea, hoy, como no tenía plan, me acerco, como suelo hacer un par de veces al mes, a la librería café de mi amigo Patxi.

Este vasco que ya es medio granaíno nos deleita a los que lo conocemos hace años con mi pasatiempo favorito, que me libera del estrés: el póquer.

El local de Patxi, en pleno centro de Granada, al que acuden muchos universitarios y bohemios de día, celebra las noches de los sábados en la amplia trastienda una timba de póquer para semiprofesionales, en las que se maneja bastante dinero.

Hace tres años que vengo y muy pocas veces he perdido. Pero esta noche me ha mirado un bizco. ¡Por mi madre!

En menos de dos horas me han vaciado los trescientos euros de la cartera; a la Visa, que uso para mis caprichos, no le queda ni un céntimo; el Rolex que me regalé por mi último cumpleaños hace un cuarto de hora que acabó en la

banca, y no pierdo la virginidad porque ya me la quitó una prostituta en la noche que cumplí dieciocho años como regalo de mis amigos del instituto, que si no...

De cinco jugadores quedamos sólo dos.

Han desplumado a la empresaria cincuentona, que se acaba de ir llorando porque no sabe cómo pagar a sus trabajadoras este mes; al pediatra, que ha empezado ganando y al final se ha dejado hasta las llaves de su Toyota, y al arquitecto, al que le ha faltado dejar sobre la mesa el peluquín, que se le iba resbalando de la calva de lo que sudaba el pobre hombre.

Por mi parte, ya no me queda más efectivo disponible, pero antes ofrezco mis cojones en una bandeja que dejarme ganar por el gorila que tengo enfrente.

Uno de mis defectos es que soy competitivo, mucho, y nunca me rindo a menos que sea estrictamente necesario.

Lo más gracioso es que el tipo con pinta de portero de discoteca y acento del norte no juega para él mismo, sino para alguien que está al otro lado del móvil que lleva.

Y ese alguien sabe jugar de vicio, porque mientras yo he estado a punto de hacer un *full* del que me ha faltado el nueve de corazones, el tipo me ha sacado doble pareja, llevándose la jugada y desplumándome en un abrir y cerrar de ojos.

Mi adorado reloj me lo ha birlado con un trío, sin que mis cartas tuvieran una sola posibilidad de darle la vuelta al resultado.

—¿Qué vas a apostar ahora? —me pregunta, observándome desde detrás de sus gafas de montura al aire, mientras me taladra con sus ojos negros—. Ya no tienes nada.

«Como no me ofrezca yo mismo, aunque éste no tiene pinta de rubia tetona para encandilarlo con mis encantos», pienso cabizbajo, intentando que las gotitas de sudor que



empiezan a perlar mi frente sean invisibles para mi interlocutor.

Una idea germina en mi mente de improviso. ¡Claro que aún me queda algo!

—Ofrezco mis servicios como abogado y asesor legal gratuitamente durante un mes —suelto con una sonrisa segura.

El tipo susurra por teléfono y me mira, devolviéndome la sonrisa lobuna.

—Tres meses si mi cliente gana.

—Trato hecho —contesto sin pensar.

Las cartas se reparten y pido una más. ¡Joder!, sólo me falta el diez de trébol y el as de corazones para que mi jugada sea de póquer.

Mi contrincante pide otra carta con rostro impasible. Desde luego, por su expresión impenetrable nunca adivinarías sus cartas, aunque fueras la bruja Lola. Manda un mensaje al teléfono y contesta la llamada que le sigue.

—Sus credenciales, por favor, señor...—me dice con un susurro.

—Daniel Guerrero —le ofrezco mi tarjeta.

—¿Está usted seguro de que quiere seguir jugando? Si pierde no podrá echarse atrás.

—Por supuesto que lo estoy. —El ansia por ganar me tiene nublada la razón.

Patxi reparte las últimas cartas mirándome de reojo con un suspiro. Ya sabe lo cabezota que puedo llegar a ser.

—Antes de mostrar sus cartas, mi cliente quiere comprobar sus datos, si no le importa —me dice el otro jugador, haciéndole una foto a mi tarjeta y enviándola.

—¿Tan claro tiene su cliente que va a ganar? —Como respuesta, la fría sonrisa del hombre se acentúa.

—Ahora más que nunca, señor Guerrero. Destapemos las cartas —me propone.

Yo levanto las mías con gesto triunfador, mostrando un póquer de los cuatro palos de diez y el as que necesitaba y que ha llegado en el último movimiento.

El hombre da la vuelta a su jugada, haciendo que mis dedos tiemblen, crispados en el borde de la mesa, ante la escalera real que se despliega sobre el tapete verde.

—Mi cliente estará aquí en quince minutos para hablar del premio y de las condiciones del mismo.

—De acuerdo —musito, tragándome la rabia y la bilis que me suben por la garganta.

¿He dicho ya que no soporto perder?

—¿Quieres un whisky? —me ofrece Patxi mientras el armario empotrado sale por la trastienda.

Sentados frente a la barra, me tomo un largo trago que me hace arder el estómago mucho menos de lo que arde mi orgullo.

—Ha sido una mala noche, Dani. Ya vendrán otras fantásticas, no le des más vueltas. —Me palmea la espalda en plan cavernícola, como el troglodita peludo y glotón que es—. Además, no has salido tan malparado después de todo.

—Sólo me he sentido tan jodido en una ocasión, y no me gusta volver a sentirlo.

—Ya sabes lo que opino de ese tema, Dani: ésa fue la pifia más grande de tu vida, aunque no lo quieras reconocer por dártelas de machote.

Estoy a punto de cagarme en su padre por sacar el único tema tabú que no soporto, cuando suena una voz a mi espalda.

—Señor Guerrero, mi cliente ha llegado.

Dándome la vuelta, me dispongo a conocer al hombre que viene tras el jugador y que, a juzgar por cómo mi contrincante lo tapa, debe de ser pariente del enano del *Señor de los Anillos*, ya que no se le ve ni un pelo.

Al apartarse el muro de carne, el tiempo se detiene mientras mi vaso se rompe a cámara lenta en mil pedazos contra el suelo al caer de mi mano y mis ojos se abren de par en par sin dar crédito.

Es imposible que la persona que tengo delante sea real y no una evocación de mi imaginación.

Ni en mis peores pesadillas o mis sueños más locos tras una noche de juerga habría imaginado que nos encontraríamos aquí apostando al póquer. Y menos que esa persona fuera...

Porque mi maldito ganador no es un hombre, sino una mujer. La única mujer con la que estuve casado y de la que me divorcié hace siete años.

El error más grande de mi vida, a la que no veía desde que firmamos el divorcio que acabó como el rosario de la aurora, porque ella desapareció sin dejar rastro.

Abril Santaella me mira desde la puerta, embutida en una ceñida minifalda de cuero negro y un top sin mangas con una cremallera abierta hasta medio pecho, a juego con unos taconazos de infarto.

¡Ese pedazo de mujer no puede ser Abril! Ni siquiera tiene el mismo aspecto, no la hubiese reconocido ni en un millón de años.

¿Dónde está la chica retraída y tímida que conocí? Porque la fémina en cuestión tiene una actitud de loba aguerriada que me acojona.

Esa despampanante dómina pisa fuerte y decidida, mirándome de frente con una insolencia chulesca, sin bajar la vista como antaño.

Se planta en jarras frente a mí, con sus preciosos ojos castaños tan enormes como recordaba; su larga melena pelirroja que solía teñir cada mes ha dado paso a un corte de chico. Ahora es morena, su color natural, con un despuntado flequillo a un lado, que me deja sin palabras.

—Los próximos tres meses serás mi asistente personal y te ocuparás de mi extensa agenda —me suelta con desdén.

—Nena, no pienso ocuparme de nada tuyo. Me la has jugado, Abril. —Me levanto, dejándola ridícula con su escaso metro sesenta—. Si llego a saber que eras tú, ni siquiera me habría sentado a la mesa.

—¿Dispones ahora mismo de doce mil euros en efectivo en tus bolsillos, nene? —me pregunta mirándome desde abajo, sin inmutarse—. Porque me debes justo esa cantidad y no me iré de aquí sin ella si no accedes al trato.

—Puedo conseguirla en un par de días —respondo, empezando a cabrearme.

—Te comprometiste a lo pactado antes de mostrar las cartas. Veo que sigues sin cumplir tu palabra, como siempre.

—Me has engañado Abril —le susurro agachándome hasta casi rozar su nariz.

—Ya no me das órdenes, machote —contesta ella, acercando a escasos milímetros su boca a la mía—. Ni eres mi marido, Daniel.

—Te vas a acordar de esto, te lo juro —contesto, apartándome bruscamente.

—Duele perder, ¿verdad? —Apuntándome con un dedo sin llegar a tocarme, me ordena—: Te espero el lunes a las seis de la tarde en la dirección que Andoni te dará. No faltes o te arrepentirás, abogado.

Y la muy pérfida se marcha moviendo las caderas, más estirada que una marquesa.

¡Me cago en mi puta estampa! ¿En qué lío me he metido?

## Abril

«Que no note tus nervios o estás perdida», pensé, contemplando mis manos aferradas al bolso entre temblores.

Afortunadamente, ya no sentía su mirada clavada en mi espalda y pude ir soltando poco a poco el aire que llevaba acumulado en los pulmones desde que Andoni me mandó la foto de su tarjeta.

—¿Estás bien, pequeña? —me preguntó mi gran amigo, casi un padre, al abrirme la puerta del Mercedes.

—Sí, no te preocupes, Doni —repose, besándole la mejilla—. Sólo tenía que meterme en la piel de una de mis chicas.

—Temía tu reacción, cariño. Cuando vi tu mensaje en el móvil al recibir la foto, supe que estarías histérica.

—¡Y lo estoy! Pero no pienso darle a ese cerdo soberbio ni el más mínimo resquicio para saber lo que me provoca todavía. Sé crear situaciones, ¿recuerdas?

—De eso no me cabe duda, eres la mejor. —Soltó una profunda carcajada mientras conducía hacia mi casa.

Creo que ya es hora de que me conozcas, amiga lectora.

Abril Santaella es mi nombre y, gracias al cabrón engréido que tuve por marido, me convertí en lo que siempre había soñado.

Soy la escritora más famosa de España...Y ésta es ahora mi venganza.

Regresé a mi casa del Zaidín de Granada con la mente llena de recuerdos dolorosos y bellos al mismo tiempo.

Ver a Daniel de nuevo había abierto la brecha que llevaba años intentando cerrarse, la herida que me destrozó el corazón y me hundió como mujer.

El muy canalla estaba mucho más guapo de lo que recordaba, tan hermoso como un moderno Abderramán y con la misma altanería que aquel Boabdil que perdió su reino por orgullo. El mismo orgullo que fue la causa de que Daniel me perdiera a mí.

La madurez no lo había transformado en un hombre sosegado. Por su actitud en la partida deduje que seguía siendo tan impulsivo como antaño.

Creo que esa cualidad que lo transformaba en un hombre apasionado fue lo que enamoró a la joven de veintidós años que yo era por aquella época. Una pánfila soñadora, a decir verdad, que se quedó prendada del guaperas que terminaba la carrera de Derecho, mientras yo me convertía en profesora de Lengua y Literatura.

Casarme con aquel terremoto apenas un par de años después fue la mayor cagada de mi vida...y la única, gracias a Dios.

Pero era tan feliz al principio, ayudándolo a abrirse camino en el competitivo mundo de la abogacía. Debo reconocer que el capullo tenía muchos defectos, pero que su mayor virtud era el tesón.

Con esa fuerza arrolladora montó su propio bufete, trabajando en todo lo que pillaba, aunque fueran casos sin mucha importancia. Así consiguió alquilar un minúsculo despacho que, con el tiempo, dos años después, acabó siendo uno de los más importantes de Granada.

Y entonces, de la noche a la mañana, se convirtió en un ser odioso e insensible.

En casi tres años de matrimonio, el hombre cariñoso y dulce de la intimidad de nuestro hogar se transformó en

ruin y despreciable, olvidándose de la mujer que lo amaba con locura.

Yo tuve parte de culpa, porque dejé de lado mi carrera profesional para ser la señora de su casa, una fregona para el marqués de Pocamonta.

Con el paso de los meses, dejó de admirar mi juventud para ni siquiera prestarme atención cuando hablaba; de las caricias fogosas pasó a simples y rápidos polvos, que me satisfacían, porque siempre fue un buen amante, pero me dejaban vacío el corazón.

Me perdí en días de soledad y tardes interminables esperando su vuelta para escuchar sus batallitas en la cena, donde relataba sus muchos éxitos y mostraba su poco interés en conocer mis propios sueños e ilusiones.

El muy cabrón se burlaba de mí llamándome «mi mosquita muerta» y tratándome la mayoría de las veces como si tuviera el cerebro lleno de serrín.

La noche en la que lo acompañé a una cena importante con un cliente y su esposa fue la última humillación, que rompió nuestra unión.

Miraba de reajo el escote de la mujer, de apariencia exquisita y elegante, sin prestar la más mínima atención a la suya, pequeña e insignificante a sus ojos.

Ésas fueron sus palabras cuando discutí con él en casa, recriminándole lo poco que me valoraba.

—Deberías ser como la esposa de Martín; en cambio, eres tan pequeña e insignificante que desaparecías como una mosquita muerta, Abril —me soltó impasible, con una mirada cruel en aquellos ojos que yo tanto amaba.

Mi corazón estalló en pedazos para siempre y, mientras él dormía, cogí las pocas cosas que me importaban y hui sin mirar atrás.

Pasó meses buscándome sin dar conmigo y en el tercer aniversario de nuestra boda recibió la solicitud de separa-